LUIS LINARES BECERRA

EL CUENTO DEL DRAGÓN

COMEDIA LÍRICA

EN UN ACTO Y DOS CUADROS

MÚSICA DEL MAESTRO

GERÓNIMO GIMÉNEZ

Copyright, by L. Linares Becerra, 1912

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

EL CUENTO DEL DRAGÓN

COMEDIA LÍRICA

en un acto y dos cuadros

LIBRO DE

LUIS LINARES BECERRA

música del maestro

GERÓNIMO GIMÉNEZ

Estrenada en el TEATRO DE APOLO de Madrid, la noche del 31 de Mayo de 1912

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º
Teléfono número 551

1912

Al primer barítono de la catedral del género chico

Carlos Rufart

con una admiración muy honda y en testimonio de una media amistad, que según la formidable frase catalana, vale más que una amistad entera.

722414

A D. Vicente Carrión rinden desde aquí los autores un testimonio de vivísima simpatía y de profundo agradecimiento.

A su talento, á su conocimiento de la escena y á su adorable cordialidad aragonesa, deben en parte el gran éxito obtenido por EL CUENTO DEL DRAGÓN, sus autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA SAMARITANA	Srta. Palou.
PAULINA	Sra. La Hera.
NORIS	Srta. Yerves.
REBECA	Galiana.
LADY	Moreu.
JUGADORA 1.ª	Villagrasa.
IDEM 2.ª	Cortés (P.)
IDEM 3.ª	Peris.
GUILLERMO	Sr. Rufart.
SPARAVANT	Videgain.
EL PRÍNCIPE ENRIQUE	Crespo.
MAURICIO	Santos Asensio.
EL SECRETARIO DEL CASINO	Sotillo.
ARTURO	Medina.
EDUARDO	Gotós.
UN CRIADO	Perucho.

Coro general

Director artístico: D. Vicente Carrión

La acción en el Gran Casino de Marbelia, ciudad imaginaria y en la actualidad

Derecha é izquierda, las del actor

EL CUENTO DEL DRAGÓN

PRÓLOGO

Telón de boca representando la portada de un cuento de la Biblioteca Infantil.

Este telón es como el alma de la obra. En este fantástico telón se hace cuento lo que luego en la obra se hace realidad.

Y representa: A la derecha el salón maravilloso de un palacio de leyenda, en el que todo es oro y jaspes y marmoles y pórfidos. Es el palacio eterno de los cuentos, cuyos deslumbrantes esplendores ponen la primera sombra de ambición en los candorosos ojos infantiles. En el salón un trono refulgente en el que el capricho del pintor puede incrustar todos los diamantes rosas de Golconda, todas las perlas negras de Colombo, todos los rubíes sangrantes de la Birmania. En el trono reina con una blancura de azucena la princesita Sol, la de los blondos cabellos, la de la cara que compite con los nácares orientales. A su lado, guardándola, con sus ojos sádicos y terribles, el dragón de cabeza de silvano y cuerpo de reptil. . ¡el dragón!...

Corta un muro de mármol en el centro del telón, el palacio, y al otro lado del muro hay un lírico camino de rosales. A lo lejos sobre un caballo blanco—ni la dulce Scheznarda, ni Grim, ni Andersen han cabalgado sus héroes sobre caballos negros—se ve al Príncipe Azul que viene á redimir á la princesa encantada.

De una de las ventanas del muro pende una escala.

En el extremo izquierda un Gnomo de luenga barba de nieve ilumina el paisaje con una linterna. A su luz tiene tinte de luna el paisaje.

En la parte superior del telón está escrito esto: EL CUENTO DEL DRAGÓN.

En la parte inferior está escrito esto: CINCO CÉNTIMOS.

Al comenzar la obra, el Gnomo, que no está pintado sino encuadrado en el telón, se adelanta al público y dice:

Yo quisiera un instante distraer tu atención
con la voz de un poeta sin fama y sin blasón,
que á tu saber se acoge y en tu bondad confía..
El es un poeta lírico que tiene corazón
y que al tráfago eterno de la lucha sombría,
ha de tornarse luego... cuando baje el telón.

—

Temblando con el miedo de aquellos que pecaron
ha compuesto este cuento de todos sus cariños,
huyendo de los campos que los hombres trillaron
para buscar las rosas que encantan á los niños.

—

Es un cuento de niños. Y raya en desacato
acometer tal obra. Pero este atrevimiento
no tiene más anhelo que entretenerte un rato...
¡y vale cinco céntimos el cuento que te cuento!

—

Es una historia tierna la del pobre dragón.
Sus tipos son humanos, porque la vida real
es un cuento bonito que por una ambición
los hombres estropean con un torpe final.

—

Hay drama, pero un drama que acaba en ironía.
El ambiente es poético, grotesco y descentrado.
Hay á veces un soplo fugaz de poesía.
Y hay versos y hay sonrisas, y una gran alegría,
y un final sin el dulce «colorín colorado».

—

Perdón para esta fábula. Perdón para este cuento,
que es la historia de un alma sentimental y rara.
Porque es una osadía; porque es atrevimiento,
la pluma pecadora de tu bondad se ampara.

—

Perdón para la loca y osada rebeldía
de un poeta generoso, que ante la poesía
sacrifica el aplauso por la santa emoción.

El poeta de esta fábula se da por satisfecho
si la emoción consigue despertar en tu pecho
y recuerdas sus versos... cuando baje el telón.

***

Puede suprimirse este prólogo; pero debe tenerse en cuenta que da á la obra un gran ambiente de poesía.

CUADRO PRIMERO

Terraza espléndida en un gran casino cosmopolita. Al foro derecha, algo lejana, se ve una ciudad iluminada profusamente. Al foro izquierda remota perspectiva de mar. En los términos de la derecha puertas que comunican correlativamente con la sala de juego, con la de conciertos y con el bar. Los términos de la izquierda son prolongación de la terraza; en el último, escalinata que se supone baja al jardín. Mesitas pequeñas de madera rosa y grandes butacones de mimbre.

—

(Al levantarse el telón, hay en la escena la animación característica de los Halls de los casinos en noches de moda. Aparecen PAULINA y LADY, sentadas en primer término derecha; en segundo del mismo lado, SAMARITANA y REBECA; al foro, de pie, SPARAVANT, EDUARDO y ARTURO. En varias mesitas del centro beben champagne algunas JUGADORAS elegantísimas. Varios «puntos» suenan fichas de bacarrat y planean fantásticas combinaciones. CABALLEROS y SEÑORAS ocupan el resto de las mesas ó forman grupos en el fondo. Traje de etiqueta. Las señoras con sombrero.)

Música

CORO

¡Fortuna veleidosa!
¡Voluble bacarrat!
Tu mano dadivosa
¿qué mano colmará?
¿A quién dentro de poco
querrás hacer feliz?
Amante vario y loco,
acuérdate de mí.

—

JUGADORES (A ellas.)
Junto á la mesa de la ruleta,
ó en el catorce del paño uno,
del bacarrat, la espero á usté.
JUGADORAS Si quiere, haremos una baquita,
y le aseguro que tengo un medio
para ganar. Yo jugaré.
ELLOS (Dándoles monedas.)
Tome usté diez luises
para probar.
JUGADORAS Nos conviene hacer fuerzas
para empezar.

—

(Beben y avanzan en fila al proscenio con la copa en la mano; los caballeros se colocan detrás con las correspondientes botellas en la suya.)

Libre como el aire,
alegre y hermosa,
mi vida dichosa
transcurre riendo.
El oro espumoso
que sabe que le amo,
cuando le derramo
se esparce diciendo:
«Niña ojerosa,
deja que digan.
¡Ríe dichosa!
¡Goza tu vida!
Deja que los hombres
luchen y se afanen
por buscar el oro
con ansia febril.
Por una mirada
de tus ojos bellos,
todos sus tesoros
serán para ti.»

—

En los juegos del amor
siempre pierde el corazón;
no pongais así jamás
en ganar vuestra ilusión.
En el loco bacarrat
la fortuna nadie halló,
que en los juegos del azar
siempre pierde el corazón.
(Entran por parejas en la sala de juego.)

Hablado

ART. (Mirando hacia la izquierda.) Señores: el príncipe Enrique, el monarca destronado de Marbelia, acaba de llegar al casino.

EDU. ¡Anoche perdió doscientos mil francos!

PAU. Lady, ¿es este ese príncipe tan joven de quien hablan todos los periódicos? (Lady asiente.) ¡Si vieras qué simpático estaba en «La Revista Azul!» ¡Y qué vida tan interesante su vida!

EDU. (En su grupo.) ¡Dicen que juega fuerte!

SPAR. ¿Que juega? ¡Ya es mío!...

(Entra en escena, por la izquierda, el PRINCIPE ENRIQUE. Es un muchacho joven, muy elegante y muy simpático.)

ART. ¡Oh, qué alegría veros, señor!

PRÍN. Gracias, amigos. (Les estrecha la mano.)

SPAR. ¿Por mucho tiempo?

PRÍN. Por dos ó tres días nada más. (Señalando la puerta de la sala de juego.) ¿Entran?

SPAR. ¡Sí! ¡sí!... ¡Oh! ¡Un príncipe! ¡Un príncipe, colaborando conmigo en mi famosa combinación!

(Entran en la sala de juego Sparavant, Arturo, Eduardo, Rebeca y algún otro. El resto del Coro desaparece por distintos lados, quedando solo en un velador al fondo derecha, dos ó tres señoras. Al avanzar el príncipe Enrique, se encuentra con la Samaritana, retratándose en ambos una gran alegría.)

PRÍN. ¡María!... ¡Aquí!

SAM. ¡Mi querido príncipe! ¿No os habeis cansado de peregrinear? La última vez que os vi, fué...

PRÍN. En el Lido d'Alvaro de Génova. Me divierte arrastrar mi spleen de príncipe sin corona, por todos los caminos y por todos los pueblos.

SAM. ¿Os divierte, príncipe?

PRÍN. No, no es esa la palabra; me distrae. Pero ¿y usted, María? ¿Ha venido aquí la Samaritana a descansar?

SAM. A curarme; había perdido la voz.

PRÍN. ¡La voz! Si se hubiese perdido para siempre la voz de la Samaritana, hubiera muerto mi

mayor consuelo. Oyendo á usted, María, he conseguido olvidar alguna vez.

SAM. Gracias, príncipe. Si eso no fuese una bella galantería, me obligariais á cantar con la garganta rota.

PRÍN. ¡Es usted muy buena, María!

SAM. El mote obliga: ya sabeis que me llaman la Samaritana. (Siguen hablando en voz baja.)

PAU. Lady; tú que de todo sabes, dime: ¿ama la Samaritana al príncipe?

LADY ¿Por qué preguntas eso?

PAU. Es por curiosidad, debes creerme. Ya sé que dentro de un mes estaré casada con mi tío, con mi protector y que esto me obliga á ser más comedida, pero ese pobre príncipe, es tan simpático y tan desdichado... Dime, Lady: ¿le ama la Samaritana?

LADY La Samaritana, es una mujer honradísima y un corazón de oro. Amó hace años á un gran artista de la Opera; cuando se iban á casar murió él. Desde entonces, vive haciendo bien á todo el mundo y riendo siempre, eso sí.

PAU ¿Y él?

LADY ¿Y qué te importa á tí él, niña?

PRÍN. Aconseja usted muy bien, María, pero ¿qué me importa á mí ganar ni perder? El bacarrat, el poker, la ruleta, son unos amigos muy discretos, que han aprendido á disipar mi tedio. ¿Me permite usted?... (Iniciando el mutis.)

SAM. ¡Cómo no, príncipe!

PRÍN. (Reparando en Paulina, al avanzar. La Lady, se une al grupo de señoras, en el fondo.) (¡Ella!) Un instante, María: ¿quién es esa mujer?

SAM. Está vedada

PRÍN. Pero, ¿quién es?

SAM. Paulina Sorel; lo sobrina y al propio tiempo la futura esposa de Guillermo Sorel, el Dragón, como todos le llaman.

PRÍN. ¿Del banquero Sorel? ¿De ese salvaje? ¡Qué lástima de mujer!

SAM. ¿La conoceis?

PRÍN. La vi en Liorna un instante al pasar de los autos; después... no he vuelto á verla nunca; y la he buscado por toda la tierra.

SAM. ¡Príncipe!

PRÍN. Usted y yo, María, tenemos la desgracia de haber nacido con corazón. ¡Está vedada!

SAM. Sí, príncipe Enrique.

VOZ (De Groupier, subastador, dentro de la sala de juego.) ¿Subasta y para cuánto? Trescientos mil francos ¡A la una! ¡A las dos! Trescientos mil francos tallan.

PRÍN. Adiós, María. (Entrando en la sala de juego, después de un inmenso suspiro mirando á Paulina.) Decididamente, soy un desgraciado. (Vase.)

SAM. (Aproximándose á Paulina.) Paulina, cómo es eso: ¿la han dejado sola sus centinelas? ¿Y la Lady? ¿Y ese terrible Dragón?

PAU. ¿Lo dice usted por Guillermo?

SAM. Naturalmente.

PAU. En los grutas; son su paseo predilecto. ¡Quiere estar solo siempre!

SAM. ¿Cuándo terminan ustedes su veraneo?

PAU Dentro de tres días.

SAM. ¿Y la boda?

PAU. Dentro de un mes.

SAM. ¿Sabe usted quien acaba de pedirme noticias de usted? El príncipe Enrique.

PAU. ¡El príncipe!

SAM. ¡Qué desencanto el suyo, cuando le dije que se iba usted á casar!

PAU. Pero ¿se lo ha dicho usted?

SAM. ¿Por qué no? ¡Todos lo saben!

PAU. Es verdad. (Transición; levantándose.) ¿Quiere usted que entremos á ver jugar?

SAM. Bueno; veremos cómo se arruina ese pobre príncipe. (Inician el mutis hacia la sala de juego.)

PAU. (Llamándola.) Lady. (Vanse seguidas de Lady y el grupo de señoras, quedando la escena sola.)

(Salen por la izquierda MAURICIO del brazo de NORIS.)

NORIS ¡Por Dios, Mauricio; no juegues!

MAUR. ¿Por qué, Noris? ¿Y si la fortuna nos depara un nueve?

NORIS Pero ya verás cómo la fortuna nos deja sin un cuarto. ¿Y qué haremos mañana sin un cuarto?

MAUR. ¡Quién piensa en eso! Vamos, Noris: cien francos al paño dos. (Vanse á la sala de juego.)

(Salen fondo izquierda GUILLERMO y el SECRETA-

RIO del Casino. Guillermo es un hombre de unos cincuenta años; usa patillas á lo Wagner y es rudo, sin ser ridículo. El Secretario, es un señor muy afectado, muy importante.)

GUILL. He dicho á usted ya que no.

SEC. Pero, caballero; puede usted suscribirse por la cantidad que quiera! El nombre de usted figurará en la plancha de plata. Es una suscripción eminentemente nacional, en honor de su excelencia el señor ministro de la Guerra.

GUILL. Pero, señor, ¿quiere usted dejarme en paz? ¿No ha oído usted hablar de mi grosería? ¿No le he dicho ya que no quiero dar ni cinco francos? ¿No sabe usted que no me importa nada la gloria de su ministro?

SEC. ¿Qué dice usted, caballero? ¡Un benemérito de la patria! ¡Un héroe! ¡Un genio!

GUILL. Pero ¿qué ha hecho ese ministro? ¿Cuántas batallas ha ganado? ¿Cuantas heridas tiene?

SEC. ¡Batalla! ¡Heridas! Su excelencia no es partidario de las batallas ni de las heridas. Pero ¿y sus admirables decretos modificando el toque de fagina, imponiendo el chambergo á los guardias walonas; declarando obligatorio el violín en las charangas? Oh, señor; ¡es un genio! Y además, tolera el juego en el casino. Una plancha es poco; merece un monumento y es poco todavía.

GUILL. Erigidle media docena, pero dejadme en paz.

SEC. Pero, señor, ¿va usted á quedar mal con su excelencia?

GUILL. ¿Y á mí que me importan ni su excelencia, ni usted? ¿No comprende usted que me molestan las planchas de plata? ¿que me molestan los monumentos? ¿que me molesta usted?

SEC. Pido á usted mil perdones.

GUILL. No pida más y vaya con Dios.

SEC. (Haciendo mutis por la izquierda.) (¡Salvaje! ¡Ni un franco! ¡Una suscripción eminentemente nacional!) (Vase.)

(Guillermo, sale al encuentro de la LADY, que aparece en la puerta del bacarrat.)

GUILL. ¡Lady! ¡¡Lady!! ¿Y Paulina?

LADY Está ahí; junto á la mesa de bacarrat.

GUILL. ¿Por qué la dejas sola?

LADY Mírela usted, señor; se ve desde aquí.

GUILL. Es que parece que huye de mí y tengo miedo.

LADY Le quiere á usted, señor

GUILL. Pero ¿no ves cómo se aparta siempre de mi lado? Sabe que yo jamás entro en ese infierno de ambición y locura; pues bien: allí la tienes Ríe con todos; junto á mí, no ha reído jamás.

LADY ¡Oh, señor; es que es difícil reir junto al señor! Es usted muy bueno, pero es usted tan brusco á veces con la niña... Emplea siempre un lenguaje tan...

GUILL. ¿Qué lenguaje? ¿Ella te ha dicho?...

LADY No, no señor; ella, no.

GUILL. ¡Ah, vamos; eso es otra cosa! Que los vagos y los pedigüeños me juzguen un salvaje porque les digo la verdad de lo que son y les niego rotundamente lo que otros no les dan con finura, bien está. Ellos no ven de mí más que la corteza áspera y ruda. Pero mi Paulina, no. Paulina sabe que el esclavo miserable que arrancó con sus propias manos el oro de la tierra virgen, lo arrancó solamente para ella cuando era una niña. Es mi sobrina; siempre á mi lado. ¡Se ha apoderado de toda mi alma! Yo no tengo la culpa. Por ella he vivido y si no he sido mejor, es por que no sé ser mejor. Ella que me ve qor dentro, sabe que debajo de esta corteza, hay un alma gigante, delicada cuando no la hieren.

LADY Ella sabe que tiene el deber de quererle.

GUILL. ¡Qué torpe eres! ¡El deber! El deber, no. ¿Es que crees que me quiere por obligación? ¿Es que imaginas que me quiere por caridad? No; no sabes lo que dices, Lady. Anda, vé, vé á su lado; no te apartes de ella. Y dile que estoy aquí... ¡solo! . (Se sienta á la izquierda. Vase Lady.) ¡Por deber! ¡Por obligación! ¡Y quién sabe!

(SPARAVANT, sale muy indignado del salón de bacarrat.)

SPAR. ¡Abominable! ¡Indigno! ¡Qué suerte la de

ese dichoso banquero! (Acercándose á Guillermo.) No debía consentirse una suerte así, mi señor don Guillermo! ¡Ha tenido que guardar los billetes hasta en el forro del sombrero! ¡Del sombrero, mi don Guillermo! (Viendo que no le hace caso.) (¡Malo, malo, malo!) ¿Es que le molesto, mi amable don Guillermo?

GUILL. Unas veces más que otras.

SPAR. ¿Ahora más?

GUILL. No; ahora menos. ¿Has perdido, eh?

SPAR. ¡Ah, no señor! Estaba de mirón; confrontando datos para mi famoso estudio, para mi infalible combinación, para mi ..

GUILL. Para tu estupendo disparate.

SPAR. ¡Disparate! ¡Ah, si usted quisiera, mi señor don Guillermo! Ya sabe usted mi combinación, desde que tuve el atrevimiento de presentarme á usted, para pedirle aquella fruslería.

GUILL. Tres mil francos.

SPAR. Que perdí, señor. ¡La jettatura de un momento! Pero mi plan no falla; es matemático. ¿Qué matemático? ¡algebráico! ¡trigonométrico! Y todo es cuestión—ya lo sabe usted mi señor don Guillermo—todo es cuestión de una bagatela: de cien mil francos, franco más franco menos, más bien franco más. En un año ricos, mi don Guillermo. Es decir; rico yo. ¡La prosperidad, don Guillermo! ¡El auge!... ¡La opulencia!... Mis hijos aprenderían otra vez á comer. El menor, dejaría ya de mamar, que es una vergüenza que mame sabiendo leer. En fin, el paraíso, como tuve el honor de comunicarle á usted anoche, cuando me vi impelido á pedirle aquella naderia.

GUILL. Sí; cinco mil francos.

SPAR. Una insignificancia, señor. Y hoy...

GUILL. ¿Hoy también?

SPAR. Señor don Guillermo, me humilla, me empequeñece, me rebaja molestar tan frecuentemente su magnanimidad, su desprendimiento, su... Pero, mirad: ved mi frac, que comienza á reirse por todas partes; ved mi pantalón, que ya se ha echado á reir homéricamente y mis botas, mis pobres botas,

que no pueden disimular la risa. ¿Y qué he de hacer, señor; qué he de hacer, sino pedir, para que no me echen del casino?

GUILL. Eres un sinvergüenza, Sparavant. (Levantándose y pasando á mirar á la sala de juego.)

SPAR. Usted me confunde, mi don Guillermo.

GUILL. Eres inconfundible. Y dices que se ríen tus trapos. ¡No han de reirse si te oyen!

SPAR. Esto no es precisamente risa, señor; es mueca. Pero hoy con poco me conformo: sólo he de pediros la insignificancia de mil francos.

GUILL. Vete, vete.

SPAR. En seguida, señor. Pero, ¿y el dinero? ¿Y la ropa? ¿Y la risa? ¿Y la comida de mis pequeños?

GUILL. ¡Qué dinero! ¿Con tres mil francos de hace cinco días y cinco mil de ayer no han podido comer tus pequeños ni te has podido hacer un traje?

SPAR. Pero, ¿y mi combinación? ¿Y ganar cada sesión cien mil francos?

GUILL. Basta de farsa; no me molestes más.

SPAR. Pero...

GUILL. Basta, digo; déjame en paz.

(Sale por la izquierda un CRIADO del Casino. Frac, calzón corto y guante blanco.)

CRIADO (Sin avanzar.) Señor: el Consejo de Administración se ha reunido en el salón azul. Le están esperando para empezar ¿Qué digo?

GUILL. Nada; allá voy yo. (El Criado se inclina y deja pasar á Guillermo, haciendo mutis tras él. Sparavant, cuando Guillermo desaparece, le amenaza con los puños, increpándole.)

SPAR. ¡¡Millonario!! (Queda siguiéndole con la mirada.)

(Salen del bacarrat la SAMARITANA, REBECA y JUGADORAS 1.ª, 2.ª y 3.ª. Samaritana se para un instante mirando hacia la sala, como si estuviese viendo jugar á Noris y Mauricio.)

SAM. ¡Pobres muchachos! ¡Deben ser dos bohemios!

REB. ¡La chiquilla es deliciosa! «No juegues tanto, Mauricio. Pon á encarnado, que va á salir. Hemos perdido, ¿verdad?...»

SAM. ¡Pobres! Deben quererse mucho...

JUG. 1.ª ¡Y deben estar en las últimas!

REB. Mirad á Sparavant; esconded los bolsillos.

SAM. ¡Infeliz! (Acercándose.) Sparavant.
SPAR. ¡Señoras mías! (¿Habrán ganado?)
SAM. Sparavant, ¿cómo va esa combinación?
SPAR. Mal; me ha salido mal la combinación...

Música

De mi modesta labor sencilla
es maravilla la exactitud.
El gran secreto de la ruleta
voy á mostraros en un decir Jesús.
SAM. Vamos á ver,
mucha atención;
empiece la ruleta
su loca rotación.
TODAS Vamos á ver,
mucha atención;
etc., etc.

—

SPAR. Saca usté cuarenta luises
y lo pone usted á un pleno,
y le dan, si es que lo acierta,
muchas veces lo que ha puesto.
Pero si no sale el pleno
ni tampoco su color,
en vez de doscientos luises
le da á usté una congestión,
se muerde usté los labios,
maldice usté al croupier
y rueda la bolita...
y pierde usté otra vez.
TODAS En el amor
sucede así,
el corazón da vueltas
para perder al fin.

—

SPAR. La línea gana seis veces,
y nueve veces el cuadro,
y treinta y cinco los plenos,
y diez y ocho los caballos.
Mas si pone usté dos luises
y los quiere usté ganar,
póngalos... en el bolsillo,
que es como se gana más.

En la loca fortuna
no conviene fiar.
La suerte de los juegos
consiste en no jugar.

TODAS — En el amor,
etc., etc.

Hablado

SAM. — Lo mejor de los dados es no jugarlos, amigo Sparavant.

SPAR. — Según, según; yo le explicaré á usted más detenidamente mis cálculos y verá usted...

REB. — ¡Pobre Samaritana, buena te ha caído! Vámonos, vámonos. (Mutis todas al bacarrat.)

SAM. — No las haga usted caso, Sparavant; yo le escucho á usted con mucho gusto. Dice usted que...

SPAR. — Que se ponen cinco luises y se pierden.

SAM. — Muy bien.

SPAR. — Se ponen otros cinco...

SAM. — ¿Y se ganan?

SPAR. — Se pierden también.

SAM. — ¡Pues sí que es una combinación inmejorable!

SPAR. — No se burle usted, señora. Usted todo lo da y todo lo consuela. Le llaman á usted la Samaritana en recuerdo de aquella obra inmortal de... de... ¿Cómo se llama? Bueno, de quien fuera, cuyo protagonista bordaba usted con su arte inenarrable, inextinguible, imponderable, inimitable, incomprensible. ¡Qué escena aquella la de Cristo y usted! Perdóneme usted que llore al recordarla.

SAM. — ¡Pero Sparavant!

SPAR. — Perdón, señora, perdón. Yo tengo un corazón sentimental é infantil. Yo soy un hiperestésico. Pero créame usted, señora, mi combinación no es ninguna utopia. Señora, si usted me ayudase... Recuerde usted que nadie creía en Colón y descubrió América. Yo soy otro Colón. Yo, por mí, esperaría con la sonrisa del mártir estereotipada en el rostro, pero mis hijos, señora; mi mujer...

SAM. ¿Y con cuánto dinero tendría usted bastante, Sparavant?

SPAR. ¿Con cuánto? ¡Con una fruslería! Con... dos mil francos, señora; para empezar bastan.

SAM. Tenga usted, dos mil francos; no tengo más.

SPAR. (Cogiendo el dinero que le da Samaritana y guardándoselo.) No puedo consentir, señora; puede usted necesitar un refresco, un carruaje... ¿Me permite usted que le preste cien francos? Ya me los devolverá usted, no tengo prisa.

SAM. Gracias, Sparavant; vaya, vaya á probar fortuna.

SPAR. (Pasando.) ¡Oh, no conviene precipitarse! Tantearé el terreno... (Volviendo.) Señora, no encuentro frases... Mil gracias, señora; mejor dicho, dos mil, á gracia por franco. Acierto... ¡doblo!... Acierto... ¡doblo! (Vase al bacarrat.)

SAM. (Subiendo al fondo.) ¡Pobre hombre!

(Salen MAURICIO y NORIS, muy tristes, de la sala de juego.)

NORIS ¿Lo ves? ¿Lo has perdido todo, verdad?

MAUR. (Mientras avanzan al centro.) Todo; quería probar fortuna para seguir viviendo así. ¡No ha podido ser!

SAM. ¡Los bohemios!... ¡Han perdido! ¡Qué cara tiene la pobrecilla!

(Vuelve GUILLERMO y se para en el foro, sentándose á un velador.)

GUILL. ¡Siempre lo mismo: dinero! ¡No saben hablar sino de dinero! ¿Y qué es el dinero? pregunto yo. ¿Es la felicidad?

NORIS Mañana nos echarán de la fonda.

MAUR. Probablemente.

NORIS Y se quedarán con nuestros equipajes en prenda de los quince días que debemos.

MAUR. Probablemente.

NORIS Y no tendremos qué comer.

MAUR. Seguramente.

NORIS ¿Te acuerdas del pinche de la fonda?

MAUR. Siempre á nuestro lado, contándonos cuentos, con aquel buen humor.

NORIS ¡Cómo nos vamos á acordar del pinche!

MAUR. ¡Y del cocinero!

SAM. (¡Pobres muchachos! ¡Y he dado todo mi dinero á Sparavant!)

GUILL. (Reparando en los chicos.) (¡Se quieren! ¡Son felices! ¡Pero lloran! ¡¡Puede ser eso!!) (Queda atento.)

NORIS Mañana, ¿qué será de nosotros? Mañana tal vez no comeremos.

MAUR. No comeremos sin tal vez, pero como nos queremos mucho...

NORIS Nos haremos cuenta de que almorzamos en Maxim's y de que cenamos faisanes de Rambouillet.

MAUR. Y á los tres días de este menú nos entierran.

NORIS Pero nos queremos mucho. (Se abrazan.)

SAM. (Acercándose á ellos por el lado derecha de la escena.) Pobres criaturas; sin dinero no se puede vivir; tendrán que separarse.

NORIS
MAUR. } (Estrechándose más.) ¡Separarnos, no!

GUILL. (¡No tienen dinero y son felices!) (Acercándose de súbito á ellos.) ¿Me permiten ustedes una palabra?

SAM. (¡El Dragón!)

MAUR. Con mucho gusto, sí, señor.

GUILL. Mire usted, yo soy un hombre muy brusco; yo no sé disfrazar los sentimientos con palabras bonitas: me dan ustedes lástima.

MAUR. Hombre, muchas gracias, pero nosotros no queremos nada.

GUILL. ¡Nada de soberbias! Yo tengo dinero, ustedes no. Ustedes se quieren; yo soy Sorel, el millonario.

NORIS ¡Sorel, el millonario! Es verdad, ¡mira qué sortija!

MAUR. (Dándole la mano, que él estrecha.) Pues tanto gusto, señor Sorel. En la fonda de El Cisne Negro, de la calle Real, hasta mañana, y desde mañana, en la *real* calle, Mauricio Dupart...

GUILL. ¿Cuánto necesitan ustedes?

MAUR. Nada, señor. Yo soy un pobre escribiente de notario, y esta señorita accidental (Por Noris.) una oficiala de madame Marie. Una tía muy oportuna, á quien nunca he conocido, tuvo la feliz idea de dejarnos veinte mil francos, que hemos dilapidado alegremente en un año. Nos hemos divertido, hemos viajado,

hemos sido felices doce meses enteros, y como no somos ambiciosos, estamos muy satisfechos, porque durante trescientos sesenta y seis días —este año ha sido bisiesto— no se ha caído la risa de nuestra boca.

SAM. ¿Y por qué no hacer infinito ese año?

NORIS Porque á este ya no le quedan más días.

SAM. Señorita: ¿quiere usted aceptar este recuerdo de su última noche de opulencia? (Dándole una flor de brillantes que lleva prendida en el pecho, única joya que lleva.)

NORIS (Cogiéndola y examinándola.) ¡Oh, qué linda!

MAUR. Noris, no está bien. ¡Y qué claros son los brillantes!

SAM. Es el recuerdo de una Noris, que no tuvo la suerte de encontrar su Mauricio. Acéptela.

NORIS Gracias, señora; si Mauricio me lo permite.

MAUR. Señora, ya que usted se empeña...

SAM. No vale nada. Ustedes me dejan en cambio algo de su alegría, que vale más.

NORIS (Haciendo poco á poco mutis por la izquierda cogida del brazo de Mauricio y deshaciéndose en saludos y reverencias.) Muchas gracias, señora; en el taller de madame Marie...

MAUR. En la Notaría de monsieur Doumas...

NORIS Sé hacer muy bien faldas *paniers*. (1)

MAUR. Y yo tengo una magnífica letra gótica.

NORIS Si algo quieren mandar...

MAUR. Si algo se les ofrece, en la Notaría...

NORIS En el taller...

MAUR. Muy buenas noches y muchas gracias.

NORIS Muchas gracias y hasta que nos veamos.

MAUR. Y que Dios quiera que nos veamos. (Desaparecen. Guillermo les sigue con la mirada, conmovido.)

SAM. ¡Pobres muchachos! ¡Qué felices son! Dan alegría y pena, ¿no es verdad, caballero? (Observando á Guillermo.) ¡Calla, está llorando! (Guillermo hace un mutis definitivo, por la izquierda, sin saludar, sin volver la cabeza, llorando. La Samaritana le mira asombrada. Pequeña pausa.) ¡No es un Dragón!

(Sale REBECA de la sala de juego.)

REB. ¡María! ¡María! Ya ha perdido tu Sparavant

---

(1) Cítense las de última moda.

toda su fortuna. Tres nueves de la banca y adiós los dos mil francos.

SAM. (Ensimismada.) ¡No es un Dragón!

REB ¿Qué dices, María? Anda, ven á las grutas. ¡Hoy hay fuegos artificiales!

SAM. Vamos donde quieras.

REB (Haciendo mutis las dos cogidas del brazo por el fondo izquierda.) ¡Está graciosísimo Sparavan, si vieras! ¡Qué famoso es Sparavant! (Mutis.)

(Salen PAULINA y el PRÍNCIPE ENRIQUE de la sala de juego.)

PAU. (Temerosa.) ¡Por Dios, señor, dejadme; si nos viese Guillermo...!

PRÍN. ¿Tanto miedo le tiene usted, señorita?

PAU. Sí, mucho miedo; dejadme, Príncipe. (Yendo á sentarse á la izquierda.)

PRÍN. (De pie á su lado.) Le llaman Dragón, ¿verdad?

PAU. Es bueno en el fondo, muy bueno; pero...

PRÍN. Pero no le ama usted.

PAU. No me pregunte nada. ¡Por qué me habló!

PRÍN. Señorita, yo no quiero pasar por su vida como por los pueblos. La conocí á usted en Liborno; la ví un instante, al pasar rápida, luminosa, en su auto, por el *Viale* de la Reina Margarita; usted miraba al mar, el mar latino, infinito y azul; yo miré sus ojos y no los he podido olvidar nunca. Buscándola por toda la tierra como la única esperanza de mi vida rota y sin ideal, he ido desde Nápoles á Colombo, desde Ostende á Stambul y he visto otros ojos azules, pero los suyos, no. ¡Y ahora que la encuentro á usted la encuentro prisionera! Pero yo seré el príncipe azul que baje al Palacio del Dragón y lime las cadenas de la pobre princesita encantada.

(Sale SPARAVANT, precipitadamente, de la sala de juego.)

SPAR. (Al Príncipe.) ¡Pero, señor, por Dios, que el banquero ha vuelto siete pases con nueve y tenéis una millonada sobre el tapete! ¡Príncipe de mi alma, atended vuestro juego!

PRÍN. ¡Y qué me importa á mi el juego!

SPAR. ¡Pero, señor, que es una fortuna!

PRÍN. ¿Qué sabe usted de fortunas? Déjeme. ¡Hay

momentos que valen por todo el oro de la tierra!

SPAR. (¡Será majadero! Si se entera don Guillermo, el principito ha subido al cielo. (Desde la puerta del bacarrat mirando hacia dentro) ¡Y la Lady, dormida!) (Mutis.)

PAU. (Levantando y mudando de sillón más hacia el proscenio.) Id, id al salón, Príncipe; dejadme. ¿No veis que no debemos soñar?

PRÍN. ¿No me créeis, señorita? Y, sin embargo, nada fué tan verdad en mi vida como este momento, que yo quisiera que fuese inmortal, en que la digo que la quiero; en que pienso que hay un placer mayor que el de pasar: el de quedarse al lado de un corazoncito tan bueno como el suyo, en una noche tan serena y tan silenciosa.

PAU (Levantándose.) ¡No debemos soñar! ¡No podemos soñar! Entrad, que no nos vean; demasiado nos vieron hablar.

PRÍN. ¿Nos volveremos á ver?

PAU ¡Lo que Dios quiera!

PRÍN. ¿Me olvidará usted, señorita?

PAU. Olvidarle no, no sé mentir; olvidarle, nunca. (GUILLERMO sale y desde el fondo los mira asombrado.)

PRÍN. Hasta pronto. (Vase á la sala de bacarrat.)

PAU Adiós, señor. (Siguiéndole inconscientemente.) ¡Hay momentos en la vida que valen por todo el oro de la tierra, tiene razón!

GUILL. (Acercándose á ella terrible, en Dragón, pero sin violencia.) Paulina, ¿qué hacías? ¿Por qué hablabas con ese hombre?

PAU. (Temerosa.) Pero ¿te has vuelto loco?

GUILL. ¿Porque exijo la verdad preguntas si estoy loco? Tengo derecho á saber qué hacías. ¿Eras el Hada de la buena fortuna ó volabas alrededor de la luz del Príncipe azul?

PAU ¡Guillermo, me ofendes!

GUILL. ¿Y qué? ¿Es que yo no tengo derecho á ofenderte, si ofenderte significa adorarte? ¿Es que yo debo callar lo que siento, cuando siento celos ú odios ó tristezas?

PAU. Perdón, Guillermo; yo te quiero.

GUILL. ¡Ah, pues si no me quisieras! ¿Crees tú que debe ser que no me quieras?

PAU. (Llorando.) Por eso, porque no debe ser... te quiero.

GUILL. ¡Lloras! ¿Y por qué lloras, mujer? ¿Por qué no ríes si te digo que te amo? ¿No sabes que te amo? Pues ríe; ríe, mujer. Puesto que yo te amo, que las flores se incendien de color y la tierra de gloria. ¡Puesto que yo te quiero, ríe, mujer; ríe y no llores.

PAU. ¡No puedo!... ¡no puedo!

GUILL. (Cogiéndola ambas manos.) ¡Lloras más, Paulina! ¡¡Lloras!! ¿Te entristece mi amor? ¿Puede ser eso, oyes? ¿Puede ser?

PAU. Suelta; me haces daño.

GUILL. ¡Qué sabes tú de eso!

PAU. ¡¡Suelta!

GUILL. ¿No ves que no quiero? ¿Que el engaño se tiene que acabar? ¿Que yo te he creado para mí y que para mí serás á pesar de tu alma? Eres mía, porque yo te he creado, y si te rebelases te destruiría. ¡Eres mi obra! ¡Eres mi orgullo! Si te rebelas, caerás hecha pedazos, miserable barro, miserable mujer, miserable creación. (Con las últimas frases ha ido Paulina forcejeando por soltarse, retrocediendo, quedando sentada, obligada violentamente por Guillermo en una de las butacas del primer término derecha, lanzando un pequeño grito de dolor.)

(Salen precipitadamente SAMARITANA y REBECA por la izquierda con el SECRETARIO del Casino; PRÍNCIPE, LADY, SPARAVANT, EDUARDO y ARTURO, de la sala de bacarrat, y varios CABALLEROS y SEÑORAS que quedan al fondo.—Samaritana, Rebeca y Lady corren á socorrer á Paulina; Príncipe y Sparavant con los demás, avanzan al centro, y Guillermo, al verlos, pasa á la izquierda quedando frente á todos en tono de desafío.)

TODOS ¿Qué pasa?

SAM. ¿Qué has hecho, Dragón?

SEC. ¿Qué ocurre?

GUILL. (Dominando á todos.)
¿No lo veis? ¿No lo veis? Dios que reniega
de su mundo y lo rompe. ¿A quién le importa?

PRÍN. A mí, señor.

GUILL. ¿Y vos, quién sois?

PRÍN. Un hombre;
un hombre que defiende á una señora.

GUILL. ¿Y qué me importais vos, ni el mundo entero?
Vuestras vanas mentiras, ¿qué me importan?
PRÍN. ¡Ofender à una dama!
GUILL. Es que es mi dama.
PRÍN. ¡Herir un corazón!
GUILL. ¡Es que es mi obra!
PRÍN. Un príncipe arruinado y vagabundo,
un monarca sin pueblo y sin corona,
siente en su pecho revivir un trono
ante el dolor de una mujer que llora.
GUILL. ¡Y quieres humillarme en tu grandeza!
Tú, eres grande en tu estirpe; yo, en mis obras.
Yo soy un millonario que á su vida
de independencia y de verdad, retorna:
un salvaje, que al frac de caballero
su alma indomable y primitiva asóma.
De ti y de la ridícula comparsa
farsante y vanidosa,
soy el amo, el señor; un soberano
que os paga, que os desprecia y que os soporta.
SEC. ¡Qué decís!
TODOS ¡Está loco!
(Todos los caballeros avanzan hacia él; Samaritana se interpone y le habla dulcemente. La orquesta toca piano el vals indicado en la partitura.)
SAM. ¿Cómo sueñas
con las glorias de amores, si esas glorias,
—¡pobre Dragón! —no crecen entre espinas?
¡Amor, no quiere espinas, sino rosas!
¡Dragón, no tengas gritos, que dan miedo!
¡Dragón, no tengas garras, que destrozan!
GUILL. ¡Es verdad! ¡Es verdad! (Transición suprema.)
¡Perdón, sñores!
Siga la fiesta espléndida y famosa.
Fué un ataque fugaz de salvajismo,
mas ya mi vida á la etiqueta torna.
(Pasa al lado de Paulina.)
La orquesta toca un vals. ¡Todo ha pasado!
(A Paulina, cariñoso y suplicante)
¿Me hacéis honor de vuestro vals, señora?
(El coro se inclina, dejándole calle. Por entre todos, supremo de arrogancia y de grandeza, pasa Guillermo del brazo de Paulina.—Telón natural.)

Intermedio musical

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Grutas. Al foro lago. Iluminación artística de colores. Delante de cada rompimiento un banco rústico

—

(Mucha animación figurando acaba de terminar un número en la fiesta que se celebra al levantarse el telón. En escena PAULINA y LADY, sentadas á la derecha; REBECA á la izquierda; algunas SEÑORAS y CABALLEROS formando grupos, unos de pie y otros sentados; SAMARITANA, haciendo los honores; GUILLERMO, SPARAVANT, el PRÍNCIPE ENRIQUE, el SECRETARIO DEL CASINO, ARTURO y EDUARDO discurren de grupo en grupo.)

Música

(Hay un bailable.)

Hablado

SPAR. ¡Delicado! ¡Delicadísimo! ¡Es una hermosa fiesta!

GUILL. (A Samaritana.) ¡Es una linda fiesta, señorita! Puede usted estar satisfecha de su generosa iniciativa. Esos muchachos no pensarán más en el suicidio.

PAU. ¿Cómo siguen los pobres?

SAM. Muy bien; si no se hicieron nada: el susto.

SPAR. No tuvieron valor para separarse y no quisieron vender la joya de la Samaritana. ¡Ah, divina artista! Si me ofrece usted un beneficio como éste, estoy dispuesto á suicidarme todas las semanas.

REB. Pero, ¿no cantas?

SPAR. ¡El más famoso número del programa!

SAM. Es verdad; aun á riesgo de disgustar á m doctor, no tengo más remedio que cumplir mi compromiso.

Música

Lleno el cantarillo
de agua fresca y clara,
va cruzando el mundo
la Samaritana.
¡Feliz el que tiene
muy tranquila el alma
y no necesita
beber de mi agua!

—

Peregrino del camino:
si la sed quema tus labios,
bebe un sorbo de agua clara
de mi cántaro de barro.
Bebe, bebe, peregrino;
bebe el agua del descanso
y te haré un vaso de nácar
con las palmas de las manos.

—

Olvida tus tristezas,
alegra tus miradas,
que el agua que te ofrezco
no tienes que pagarla.
Brota de la alegría
que tengo yo en mi alma.
Si mi agua te consuela,
yo no te pido nada.

—

Cuando quieras, peregrino,
consolar tus desengaños.
agua tiene de consuelo
mi querer samaritano.

—

TODOS Yo calmaré siempre tu dolor,
con el agua santa del amor.
(Todos aplauden.)

Hablado

SPAR. ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Se paladea el agua fresca!

SAM. ¡Gracias, señores; gracias! Vuestra bondad me prueba una cosa: que tengo que dejar esta vida de sosiego y tornar á la otra, menos tranquila, menos alegre y menos vida.

PAU. Triunfar siempre debe ser muy bonito.

SAM. Descansar siempre es más bonito todavía. (Siguen hablando en voz baja.)

SPAR. (¡Es preciso aprovechar la ocasión! ¡Hasta á las fieras domestica la música!) (Acercándose á Guillermo.) Mi adorable don Guillermo.

GUILL. ¿Qué hay?

SPAR. ¿Verdad que es delicada la voz de la Samaritana? ¡Qué graves! ¡Qué agudos! ¡Qué medios! Qué...

GUILL. Este es el preludio de una nueva petición, ¿no es eso? Pues es inútil que te molestes, amigo Sparavant. ¿Crees tú que el dinero se gana con la facilidad que tú lo pides? ¡Cuesta mucho! ¡Yo lo he sudado mucho! Trabajar. Yo he trabajado ¡yo! y no vosotros. ¡Qué sabéis vosotros lo que es trabajar! ¿Y te atreves á pedirme dinero? ¿Con qué derecho? ¿A nombre de qué?

SPAR. A nombre de que no le tengo.

GUILL. ¿Y por qué estás aquí en vez de estar en un andamio trabajando?

SPAR. ¡Porque me mareo, señor!

GUILL. Eres un sinvergüenza.

SPAR. Sinvergüenza, sí; pero albañil, no.

GUILL. Pues roba ó pégate un tiro, pero déjame en paz.

SPAR. Está bien, usted dispense; no comeré. Y Margot no comerá. Y mis hijos no comerán. ¡Y yo me moriré! ¡Y Margot se morirá! ¡Y mis hijos se morirán! (Se enjuga las lágrimas.)

GUILL. ¡Lloras! Toma, idiota; cómprale pan á tu familia. (Dándole un billete.)

SPAR. (¡No me ha fallado la conjugación!) Gracias, don Guillermo; agradecidísimo. Espero poder devolverle esta fruslería muy en breve.

GUILL. Vete.

SPAR. Es que mi gratitud...

GUILL. ¡Vete!

SPAR. (¡Es extraño! ¡Un dragón que se conmueve con las lágrimas! (Haciendo combinaciones.) Veinticinco luises á encarnado; acierto, doblo; acierto, doblo... ¡Tres golpes y á la felicidad!)

GUILL. (¡Llora por hambre! ¡Bah! ¡Si lo finge peor para él.) (Durante toda la escena hablan entre sí los personajes, pero sin interrumpir el diálogo.)

SAM. (Acercándose á Guillermo.) ¡Señor millonario: ¿le ha agradado á usted mi pobre canción?

GUILL. ¡Mucho! Soy incapaz de adular á nadie: nunca oí nada tan hermoso.

SAM. Es que nunca llegó el agua del consuelo hasta el grandioso palacio del Dragón millonario.

GUILL. ¡Dragón! ¿Por qué?

SAM. No, por nada; perdón si le molesta.

GUILL. ¿Le asusta el Dragón?

SAM. No; soy una enamorada de los cuentos de niños. Pero en ellos, no me han gustado nunca los príncipes que triunfan; me agrada más el ogro pavoroso, el desdichado Dragón, que queda al final del cuento abandonado por la princesita prisionera y solo para siempre sin alegría y sin amor.

PRÍN. (Aprovechando un momento en que Lady deja sola á Paulina se acerca rápidamente.) Luego aquí, en las grutas, Paulina. ¿Bajará usted, Paulina?

PAU Bajaré; no sé luchar más.

GUILL. (Al fijarse.) (¡Siempre juntos! ¿Y tus garras, Dragón?)

SPAR. Bueno; ¿pasamos al bufet?

SAM. Cuando quieran.

SPAR. (A Paulina.) El brazo, señorita.

(El Príncipe ofrece el brazo á Rebeca y el Secretario á Lady; los demás forman también parejas y van saliendo por ambos lados.)

SAM. ¿Y usted no quiere aceptarme una copa de champagne?

GUILL. Luego; ahora estoy muy bien aquí.

SPAR. ¡Pero, don Guillermo, mire usted que hay zíngaros y fiambres!

GUILL. He dicho que luego. ¡Es usted el hombre

más cargante que conozco y no conozco ma que hombres cargantes!

SPAR. Señorita, tiene usted un tío que es el apoteosis de la franqueza. (Inician el mutis por la derecha.) Lo que es yo no me casaba con él por todo el oro del mundo. La tengo á usted lástima. ¡Debe ser muy triste vivir á su lado!

PAU. ¡Muy triste, sí! (Desaparecen.)

SPAR. (Dentro ya.) ¡Recuerdo yo una tía mía!... (Quedan solos Samaritaua y Guillermo; ella se sienta al fondo, y quedan los dos mirándose un instante sin hablar. Pausa.)

GUILL. Es usted la primera mujer admirable que he conocido. Su generosidad me anonada. Ha dado usted su dinero, sus alhajas...

SAM. No tiene mérito.

GUILL. Sólo le falta dar sus besos, como las grandes artistas que los rifan en las tómbolas de caridad.

SAM. Eso no: un beso, sería mi primer beso.

GUILL. Eso dice la fama. (Se sienta á su lado.)

SAM. Y tal vez sea la única cosa en que no mienta.

GUILL. ¿Y ni aun por caridad concedería usted su primer beso?

SAM. ¡Ni aun por caridad!

GUILL. ¡Es usted definitivamente admirable!

SAM. ¡Cuidado, amigo mío; no concibo los ogros aduladores!

GUILL. ¡Ogro! ¡Dragón! ¡Siempre lo mismo! ¿Es que me juzga usted incapaz de sentir, de querer?

SAM. ¡Al contrario! ¿Me deja usted que le cuente una fábula? ¡Yo sé una fábula: la del hombre-naturaleza! «Era un árbol con alma. Era una pobre alma trocada en árbol por la maldición de una hada perversa. Allá en medio de un bosque ostentaba sus brazotes enormes y su copa gigantes como una cara melenuda y terrible. Y allá se estaba solo y trágico en medio del bosque sombrío entre todas las inclemencias y todas las soledades. Una tarde, una cabreriza, una de esas pastoras de los cuentos de niños, buscaba un corderillo desviado de la manada y llamándole con los más tiernos nombres, fué á dar junto al hombre-naturaleza, al que

jamás, por el horror de la leyenda, se acercaban las demás mozas del contorno. Y adurmióse al pie del tronco gigantesco, y allá á la media noche abrió los ojos y á la luz de la luna vió aquella carota espantable. Paralizada por el pavor, siguió mirando, mirando el rostro del árbol y á medida que miraba, parecíale menos horrible, más humano; hasta creyó lágrimas las gotas de rocío y suspiros el rumor de las hojas. Y acometida de una gran caridad, llegóse al árbol y comenzó á arañar su corteza para librar de aquella cárcel á la pobre alma que lloraba. Y cuenta la fábula que ante las manos de la cabreriza, el tronco se abrió dejando ver infinitos tesoros y que un príncipe gentil salió de las entrañas de madera ofreciendo su mano á la pastora.» Y puesto que escucha usted llorando, Guillermo, la fábula, como yo la escuché cuando me la contaron, sepa que la moraleja de ella consiste en que no se debe sufrir por los que pasaron delante de nosotros sin detenerse á arañar nuestra pobre corteza.

GUILL. (Después de una pausa de emoción.) ¡Bendito nombre el suyo: Samaritana! ¡Qué felicidad la de ser amado por usted! (Se levantan.)

SAM. El cuento de mi vida, señor, no ha tenido ni Dragones, ni príncipes.

GUILL. ¿Por qué no me quiere Paulina? ¿Por qué no sabe corresponder á mis sacrificios?

SAM. Porque su amor no estaba en lo hondo de la tierra virgen y solo vivió usted, Guillermo, para arrancar el oro de la tierra.

GUILL. Es verdad.

SAM. (Haciendo mutis por la izquierda.) Vamos, amigo mío; nos aguardan. No desespere usted, no sufra, amigo mío. La cabreriza de su cuento, se encontró á un pastor galán en el camino. Espere, espere. ¡Quién sabe si llegará aún la cabreriza! (Desaparecen.)

(Sale SPARAVANT por la derecha, con los bolsillos del pantalón fuera y con un luis en la mano.)

SPAR. Lo único que he salvado de la tragedia, seis pases seguidos á negro... y yo rojo. Bueno es para comerse las fichas, las raquetas y los

groupiers. Pero vamos á ver: ¿hay razón para que yo pierda todos los días el dinero que me cuesta tanto trabajo... pedir? ¿Hay razón? Por supuesto, que así me maten no vuelvo á entrar en una sala de juego. Basta. Mi porvenir no está en el juego. No volveré al Casino. ¡Eso es un antro!¡ Eso es una perdición! ¡¡Seis pases con negro!! El caso es que ahora, no tiene más remedio que salir encarnado. ¡Pero así me maten no entro más en la sala de juego. El caso es que un golpe... Son cuarenta francos; cuarenta que hacen ochenta... Bueno, es la última vez, así me maten. Ochenta, que son ciento sesenta... Acierto... ¡doblo! Acierto... ¡doblo! No acierto... ¡no doblo! .. (Mutis por donde vino.)

(Sale PAULINA por segundo término derecha.)

PAU. ¡Hago mal! ¡No sé luchar! ¡No puedo luchar! ¿Por qué vino? ¿Por qué me habló?

(Sale detrás el PRÍNCIPE.)

PRÍN. ¡Paulina!

Música

¡Mi princesita encantadora!
PAU. ¡Príncipe errante y soñador!
PRÍN. Limar yo quiero las cadenas
que te separan de mi amor.

—

Mi vida aventurera
la paz ansía,
mi remanso bendito
tú lo serás.
PAU No soñéis, que esos sueños,
son imposibles;
es mejor que no existan
si han de pasar.
PRÍN. Tú eres consuelo
para mi vida.
PAU. Tú eres en cambio
mi libertad.
PRÍN. ¡Tú eres la gloria!
¡Tú eres mi amor!
PAU. Tú eres mi eterna
felicidad.

—

LOS DOS ¡Ay, loco cuento de los amores!
¡Tus bellas frases, qué dulces son!
Eres el verso mejor que ha escrito
el poeta loco del corazón.

—

PAU. El fin de este cuento,
qué triste será.
PRÍN. Del cuento fué siempre,
lo bello el final.

—

LOS DOS La noche tranquila,
su encanto nos presta.
Dejad á las almas
que se hablen de cerca.
No hay nada en la noche
que turbe la voz
del alma que cuenta
su cuento de amor.

Hablado

(Se sientan en un banco de la izquierda primer término.)

PAU. ¡Enrique mío!
PRÍN. ¡Niña adorada!
PAU. Como en los cuentos de los dragones,
parece, Enrique, que alguna hada
va floreciendo mis ilusiones.
Veo las horas de mi destino
claras y alegres; dulces y hermosas.
Y es que las piedras de mi camino
se han ido todas trocando en rosas.
En este encanto suave y profundo
que el alma á un tiempo perfuma y hiere,
yo me quisiera marchar del mundo
como las notas de un vals que muere.
¡Noche de luna, flores y galas!
¡Noche que encanta los corazones!
¡Ay, quien pudiera batir las alas
como en los cuentos de los Dragones.
GUILL. (Saliendo. Al verlos, queda oculto tras un rompimiento.) (¡Ellos! ¡Ellos!)
PRÍN. ¿Por qué te aflijes? Si algo te apena,
dilo y no sufra tú corazón.

Yo he de librarte de tu cadena.
Yo he de librarte de tu Dragón.
Ven, princesita; toma mi mano.
Ven, que se acaben ya tus tormentos.
Yo te liberto de tu tirano.
Yo te redimo, como en los cuentos.
(Va conduciéndola de la mano, hacia la derecha.)
Ven, princesita; la frente alta.
Va á realizarse nuestra ilusión.
Nada temamos; nada nos falta.

GUILL. (Que avanza á colocarse á espaldas de ambos.)
Os engañásteis: ¡falta el Dragón!
(Vuelven la cara y se quedan como petrificados. Pausa.)
No tengáis miedo de que os ultraje;
de que ese gozo trueque en tristeza.
Yo soy un ogro; soy un salvaje;
¡yo soy el hombre naturaleza!
En paz y alegres, vivir os dejo;
vuestra ventura miro con calma.
Hicísteis leña del árbol viejo,
sin preocuparos de hallar su alma.

PAU. ¡Perdón, Guillermo!

PRÍN. Yo la quería.

GUILL Nada de quejas ni de perdones.
Siempre fué justo que la alegría,
huya del lado de los Dragones.
Id, que la vida triunfal os llama.
Ya se ha acabado tu esclavitud.

PAU ¡Somos crueles cuando se ama!

GUILL. No sois crueles: sois juventud.
(Aparece la SAMARITANA y atiende desde el foro á la escena.)
Volad; no importa que me hagais daño.
Más me consuela, mientras más duele.
Si ese cariño no es un engaño,
si tiene alas, dejad que vuele.
(Baja á primer término izquierda, se sienta en el banco y apoya la cabeza entre las manos. Paulina y el Príncipe, muy despacio, como en éxtasis, hacen mutis por la derecha. La Samaritana los mira y torna después los ojos con infinita lástima sobre Guillermo, acercándose poco á poco á él.)
¡Qué no se apene con mi tristeza!
¡Vivan la vida que les hechiza!
Yo soy el hombre-naturaleza,

que no ha encontrado su cabreriza.
(Música en la orquesta, muy piano.)

SAM. (Sobre la cabeza de Guillermo, va vertiendo los versos, como una santa agua de consuelo.)
Es el palacio encantado.
Es el mísero Dragón,
que llora desengañado
su vida sin corazón.
Es el dolor de criar
unas pobres almas malas,
para verlas escapar
cuando les crecen las alas.
Mi nombre á hablarte me obliga.
Yo soy la Samaritana;
de los que sufren amiga,
de los que lloran hermana.
(Va cayendo lentamente el telón.)
Yo quisiera consolarte,
pobre Dragón triste y preso.
No tengo nada que darte:
¿me dejas que te dé un beso?
(Fuerte en la orquesta.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE LINARES BECERRA

TEATRO

Los dos cienos.
¡Gloria á Cervantes!
Granete.
La canción de la bruja.
Alma Negra. (5.ª edic.)
El calor del nido.
El belén nacional.
Corazón serrano.
Entre tejas.
La nubecita.
El castillo de las águilas.
Como las flores.
Los ojos vacíos.
¡A ver si va á poder ser!
Las estrellitas del cielo...
El clown Bebé. (3.ª edic.)
La noche del rompimiento.
El pueblo soberano.
El amor al prójimo.
Sor Angélica.
¡Qué te quieres apostar!..
Sobre todas las cosas.
¡Y sigue la vida!...
Los ángeles mandan.
El cuento del Dragón.

POESÍAS

Canciones rebeldes (prólogo de Salvador Rueda.)—(Agotadas.)

EN PREPARACION

En olor de santidad (narraciones sentimentales.)
La fuente perdida (poesías.)

Precio: UNA peseta